hombres excepcionales, completamente distintos de los que andamos por el mundo

Pero, lo repito, hay en eso algo de candor infantil que, si no interesa, tampoco desagrada; si no es nuevo, ¿qué había de serlo, cuando todos hemos oido decir, desde niños, que no hay hombre grande para su ayuda de cámara? es simpático.

Lo que sí desagrada y no es simpático, es eso mismo pensado y aun escrito, como cosa de fuste, por un hombre serio, á quien en España se ha obsequiado, y que con escritores españoles ha colaborado y colabora en publicaciones castellanas.

Un hombre que, si no es sexagenario, está cerca de serlo, no puede decir que «los literatos españoles no han correspondido al ideal que de ellos se había creado»; es decir, poder decirlo, sí que puede, y la prueba es que lo ha dicho; pero no ha hecho bien en decirlo... En primer lugar, porque está muy mal dicho gramaticalmente, como podría demostrarlo, si se lo propusiese, cualquiera de esos literatos que parecen al Sr. Palma *poquita cosa;* y luego, porque la cosa, amén de estar mal dicha, es una... niñería.

¿Quién le manda al Sr. Palma *crearse ideales* de los escritores españoles, al cabo de sus años?

Si conoce las obras de esos literatos, ya sabía ó debía saber, antes de venir á España, lo que esas obras valen; si no las conoce, ¿cómo había formado concepto acerca de ellos?

Esto es lo que no he conseguido explicarme en el párrafo de la carta del señor director de la Biblioteca de Lima; no me explico tampoco la magnanimidad de literato tan eximio, cuya modestia le permite alternar con escritores que le parecen *tan poquita cosa*, ni me explico, en fin, cómo un académico correspondiente de la Española se permite emplear el vocablo MAYORÍA en una acepción que el Diccionario no autoriza. Y si D. Ricardo lo duda, consulte el caso con el *Dr. Thebussem*... otro literato de los que también parecen al Sr. Palma, *poquita cosa*. Por mi parte, y aceptando, como es razón, la que me corresponde en el fino requiebro del escritor peruano, repito las palabras con que principié: *¡Muchas gracias!*

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

HABLADURÍAS

¡Qué hermosos estarán los jardines de la Mamunia! ¿verdad? me preguntaba una señora, un tanto perturbada por las cosas moriscas.

—Un paraíso mahometano, afirmé.

—¿Por supuesto que eso de los *harenes* y de los mercados de mujeres, serán *fantesías* nada más?

—Desgraciadamente para nosotros, existen, señora. Digo «desgraciadamente», porque es una afrenta para nuestra civilización. Aquí tenemos otra idea de la mujer y sus consecuencias: aquí la mujer es libre; allí es libra; «montón de carne lasciva», de Sellés, ó según Sellés.

—Libre precisamente, no, objetó la dama; pero no tan esclava como en tierra de árabes, moros y bereberes. Y, sin embargo, debe de ser aquel país delicioso.

—El país sin paisanos, inmejorable; es decir, pudiera mejorarse, pero la gente...

—Daría yo cualquier cosa por tener un reló con Muezzín, como los que allí usan.

—Hace algunos años disfrutábamos en España ese privilegio: los serenos cantaban las horas de la noche.

—Reminiscencias de la época árabe.

—Tal vez.

—¿Y es verdad que ya hemos hecho el tratado?

—Así parece.

—No sabe usted cuánto lo celebro: me interesa esa raza.

—¡Ya!

—Y luego, una guerra entre hermanos es más dolorosa que una guerra internacional.

—Señora, tanto como hermanos... Cuando más, seremos primos carnales.

—¿Y usted cree que pagarán esas quince pesetas?

—Quince mil, dirá usted.

—Es lo mismo.

—Eso, Noherlesoom; ése es el único que puede pronosticar con probabilidades de acierto.

—La verdad es que aquel país, en otras manos, sería un paraíso terrenal.

Esos jardines de la Mamunia donde florecen las rosas y los claveles y los alelíes y la *viznaga*, y se crían esas palmeras gigantes y esos delicados naranjos del Profeta; y esos coros de chicas circasianas y griegas y árabes y georgianas, con otra empresa darían pingües resultados

Por ejemplo: con la empresa Jiménez de Cisneros.

Pero no hay que pedir gollerías.

Nosotros no tenemos ropa, según dicen, para meternos en tal empresa.

La prueba es que, para empezar, tuvieron que hacernos uniformes y fusiles y fabricar mantas.

Contamos, en cambio, con la buena voluntad y «la hombría de bien», que decía aquel tenor al público, cuando le silbaban los concurrentes.

Contamos con hombres y con espectadores de entrada general.

En esos momentos el país jalea á los militares.

Pero en cuanto pasa el peligro, los jaleadores piden economías en la alimentación de jefes, oficiales y soldados; esto es: que se suprima el presupuesto de guerra, hasta otra vez.

Gracias á que los interesados empiezan á despertar, según parece.

La naturaleza también despierta.

Los árboles empiezan á hacerse ropa; los campos reverdecen; nuestros primeros pajarillos gorjean anunciando la primavera, según los poetas: nuevo sistema de anunciar, en el que aún no han dado las empresas del ramo: pájaros que trinen, diciendo melódicamente, por ejemplo:

«¡No más sordos!» «Nodriza para casa de los padres.» «Emulsión Scott.» «Dinero sobre pasivos, viudas y otras fincas que convengan.»

Pero los pájaros, como los poetas, son libres y altivos, y no cantan por interés mezquino.

Cantan por cantar; para «desajogar sus penas», que decía una chica tiple flamenca, desde la cuna.

También los vendedores de macetas con las plantas de pensamientos y violetas empiezan á cantar por las calles de Madrid, anunciando la primavera.

Todo resucita, menos el dinero, que, en opinión de la mayoría de las gentes, falleció hace algunos años, sin dejar sucesión.

Que le hay es indudable, para algunos; para otros, es un mito.

Pero hay dinero.

A treinta y siete mil duros asciende, según un periódico, la cantidad reunida para levantar una plaza de toros en Jerez.

Así puede hermanarse el dar ocupación á los jornaleros, y el levantamiento de un templo del arte.

Otra prueba de que hay dinero, es el comedor] de la caridad en Madrid.

Sin dinero no se hace.

De mil á dos mil personas reciben allí ración diariamente.

¡Dios recompense á las almas caritativas!

Verdad es que esas dos mil personas que acuden á merendar gratis, demuestran la falta de dinero.

Pero ha de haber de todo en el mundo.

Pues si no, ¿cómo había de haber feos? Pongo por caso.

E. DE PALACIO

BISMARCK

ARANJUEZ.—*Colegio de Huérfanos del Arma de Infantería.*—FACHADA PRINCIPAL.

BARBIERI

Al hacer la apología del hombre ilustre, del compositor popularísimo que acaba de bajar á la tumba, y á cuyo recuerdo vamos á consagrar estas líneas, alguien ha dicho, con tanta verdad como elocuencia, que Barbieri era el Cervantes de la música española.

La frase no puede ser más exacta, porque refleja mejor que ninguna otra lo que D. Francisco Asenjo y Barbieri valía y significaba para el divino arte.

Estableciendo ese parangón entre *el maestro Seguidilla* (nombre con que fué también muy conocido Barbieri, y que él mismo solía usar con sumo agrado) y el inmortal autor del *Quijote*, no sólo se ensalza al primero de los escritores españoles de todos los tiempos, sino al más afamado de los músicos nacionales.

Nació en Madrid el año 23, y le ocurrió lo que á todos los genios: que desde los primeros años de la vida sienten la fuerza irresistible que les arrastra hacia donde sus aficiones deben caminar en busca de la gloria.

Barbieri mostró desde luego su predilección por la música, y contra los deseos de sus padres, contra la opinión de sus maestros, puede decirse que contra viento y marea, logró realizar sus aspiraciones.

Su juventud fué muy azarosa. Pasó por todas las vicisitudes y sufrió todas las turbulencias que son inherentes á la falta de recursos, á la escasez de influencia y á los infinitos obstáculos que se le ofrecen siempre, en los comienzos de su carrera, á quien al fin tiene que triunfar por sus propios esfuerzos y por el poder de su talento.

Y Barbieri triunfó, cual tantos otros que, como él, fueron víctimas de la adversidad, de la injusticia ó de la envidia; de la envidia sobre todo, que es el obstáculo mayor que tienen que vencer los genios.

Los primeros aplausos que el público de varias generaciones le tributó, resonaron en sus oídos cuando en la noche del 9 de Marzo de 1850 dió á conocer su obra *Gloria y peluca*, en la escena de aquel viejísimo teatro de Variedades, que un incendio redujo á cenizas no hace muchos años.

En la citada fecha comenzó á eclipsarse la mala estrella del gran compositor, y no tardó en lucir, radiante y hermoso, para bien suyo y del arte, el sol de la gloria que alumbró su vida y que brillará eternamente sobre su tumba.

Detenerse á hablar de las setenta zarzuelas que Bar-

(c) Ministerio de Cultura 2006